

Visión del futuro remoto

Maria Covadonga Mendoza

La tierra está seca, áspera al tacto del único ojo del cielo, que quema con su furia la arena estéril; las huellas de la vida han sido borradas por el aliento de la desolación. A lo lejos, se distinguen las ruinas de atalayas centenarias que hace tiempo doblaron la testuz de piedra, trastornadas por el abandono. El aire cala sus restos muertos en vano intento por resucitarlas. No hay movimiento, ni sonido alguno. En torno a ellas pulula un gran número de seres invisibles, pálidos recuerdos de existencia, señal inequívoca del paso de la muerte. Rondan las jambas derribadas, saltan los muros, dan vueltas alrededor de lo que en otro tiempo fue su hogar. No tienen memoria, e ignoran qué les lleva a volver una y otra vez a aquel sitio donde ya no les recibe nadie. Quieren gritar pero carecen de garganta; o llorar sobre las fosas donde aún reposan sus huesos, pero han sido privados de ojos. Permanecen en un estado de eterna ignorancia y eterna esperanza; separados tanto de la vida como de la muerte, sin poder engendrar materia ni pensamiento, sin poder sentir placer o dolor; ciegos, mudos y sordos. Con pesadillas en vez de sueños, como entes vegetativos, carentes incluso de extensión física. El tiempo no les afecta, pues están fuera de sus dominios; lo ven pasar, lo ven detenerse y acelerarse, destruir lo orgánico y lo inorgánico, en connivencia con sus hijas, las doncellas de la muerte, portadoras de afiladas espadas que se ceban en todo cuanto existe sin asomo de remordimiento.

Allá, en lontananza, un grupo de personas macilentas y desarrapadas camina hacia la ruina de la antigua ciudad, metidos los pechos, los pies desnudos; los vestidos que llevan no ocultan la extrema delgadez de sus miembros; el hambre dibuja muecas horribles en sus labios sin carne; su piel esta cubierta por una costra rojiza, como el manto de una enfermedad bíblica e innombrable. Son en suma, la vida imagen de la degeneración humana. No se atreven a mirar hacia arriba: el sol les castiga los ojos; ni al frente, pues la visión del yermo les encoge los corazones; arrastran los pies al andar, sus fuerzas están mermadas por el éxodo. Aunque hace calor, algunos sufren temblores y escalofríos, precursores de un fin próximo y horrible.

Encaramado en una colina, otro grupo observa la caravana de silentes viajeros. La alegría les embarga. Hace semanas que no topan con seres humanos. Las madres desempolvan una sonrisa para sus hijos; los hombres, descienden con premura la ladera envueltos en una nube de polvo. Los caminantes detienen su marcha.

La gente de la colina se allega a los forasteros, quienes de puro agotados, no pueden mostrar todo el gozo que vibra en sus corazones. El jefe de los nativos, le toma la mano al que comanda la expedición...

Esa noche hay fiesta en el poblado de los hombres de la colina. Por primera vez en mucho tiempo tienen cena en abundancia. Mientras se cocina al fuego la carne

de los nómadas, las madres, felices, relatan a sus hijos los versículos de la Profecía Sagrada, para que la recuerden y la repitan a las generaciones venideras:

*Y en aquel tiempo grande será la aflicción;
Si una mujer tiene dos hijos y los dos mueren,
Por uno lo sentirá, porque aún es humana,
Pero por el otro no, porque tendrá hambre
Y necesitará alimentar su propio cuerpo.
Y si un hombre tiene dos hermanos y los dos mueren,
Por uno lo sentirá pero por el otro no,
Porque el mundo ya no da ni pan ni vino,
Y las bocas están hambrientas y sedientas.
El tiempo se llevó la prosperidad;
La guerra desapareció de la tierra,
Y se llevó a los combatientes.
La enfermedad devora la carne
Que hemos de comer.
Hubo un día en que las naciones
Luchaban; había mucha gente
Y mucha hambre.
Dejamos crecer al hambre; mermó la gente.
Mermaron los árboles, creció la plaga.
Creció el aire impuro, mermaron las aguas.
En aquellos tiempos que han de llegar
Los vivos buscarán los sepulcros de los antepasados,
Para enterrarse con ellos.
Pero no morirán hasta que no los consuma el dolor y la fiebre.
Los muertos no podran descansar en paz
Porque habrán de servir de alimento a los vivos.*

Al socaire de los cánticos, los espectros de los que fueron, siguen rondando los edificios derruidos, en vano, sin rumbo fijo. Sus filas se han engrosado con nuevos elementos, que ciegos, mudos y sordos buscan explicación a su estado.

Arriba, en medio del océano negro en que se ha convertido el cielo, la luna vigila.

El tiempo sigue pasando; pero también él será derribado algún día, y con él, sus hijas, las doncellas de la muerte.